

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO DE SU ÉPOCA

POR

EMIGDIO AQUINO BOLAÑOS
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM (México)

La década de los veinte, fue relevante en el pensamiento latinoamericano, porque permitió un replanteamiento de la cuestión nacional y la recuperación de la tradición histórica hacia un nuevo proyecto de nación. Aquí abordamos el estudio de Mariátegui, en el contexto histórico e intelectual, en que se debaten diversas visiones y perspectivas que dan cuenta de un pensamiento nacionalista, antiimperialista y latinoamericanista. Este análisis se aborda desde la teoría de la historia de las ideas.

PALABRAS CLAVES: *Historia de las ideas, pensamiento latinoamericano, tradición, Mariátegui, cultura, imperialismo.*

1. LA HISTORIA DE LA IDEAS COMO NUEVO MODO DE HISTORiar Y FILOSOFAR

Para abordar el estudio del pensamiento latinoamericano, y específicamente a José Carlos Mariátegui y el pensamiento de su época, desde la orientación de la historia de las ideas (HI), se requiere precisar con toda claridad el objeto de estudio y establecer las categorías fundamentales que permitan ese conocimiento.

Diversos autores que trabajan en la perspectiva de la HI han demostrado la utilidad de esta teoría en el estudio de la cuestión nacional en cuanto al pensamiento, a la cultura e identidad nacional¹. Entre los aspectos más importantes que la configuran tenemos:

¹ Al respecto ver sobre todo a José Luis ABELLÁN, *La historia crítica del pensamiento español* (6 tomos), Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1988, t. I, pp. 446. Este tomo está dividido en dos partes: Metodología e Introducción histórica; en la primera parte hace una amplia exposición sobre la metodología de la Historia de las Ideas. Otra obra importante en esta perspectiva es la de Abelardo VILLEGAS, *Reformismo y Revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Editorial Siglo XXI, 1972. En él se hace algunas precisiones metodológicas, pero es, sobre todo, un modelo de aplicación de esta perspectiva metodológica.

1. Es una historia del pensamiento que conlleva una toma de conciencia de la importancia que tienen determinadas ideas en el devenir histórico y cultural de los pueblos; ideas que propician movimientos culturales o son generadoras de rupturas estructurales. Por ello su estudio e investigación debe darse en el contexto en que surgen, su proceso de elaboración (estructura del pensamiento) y su impacto social.

2. Presta atención a los elementos intelectuales e ideológicos, al impacto que produce la difusión de las ideas en los sectores o clase sociales, a las que van dirigidas, en determinada época, y como se «convierten en fuerza material»; esto es el pensamiento como conciencia intelectual de un determinado proceso histórico.

3. Las concepciones y enfoques teóricos constituyen un instrumento no sólo para interpretar la realidad, sino a su vez, establecen salidas o perspectivas de transformación. Este proceso se da a partir del conocimiento de la realidad nacional, de la conciencia de la crisis material y espiritual de la sociedad lo que conlleva la necesidad y la posibilidad del cambio.

4. La perspectiva teórica de la historia de las ideas, permite el análisis del pensamiento de los intelectuales, como expresión orgánica de los intereses de determinadas clases sociales. Su proceso de evolución, de continuidad y de rupturas, así como el de la creación teórica obedece a factores económicos, políticos, sociales, culturales y psicológicos, en el que hay una interacción permanente entre el medio y el individuo, cuestión que se refleja en el pensamiento como una lucha o contradicción entre nuevas y viejas ideas. A ésto se refieren las condiciones que permiten su desarrollo y su expresión o manifestaciones, así como su manera de confrontarse con la realidad (crítica y transformación o defensa y justificación del estado de cosas existente).

5. La Historia de las ideas es una historia intelectual y social, es un estudio del alcance y trascendencia de las ideas en la sociedad y la función que cumplen como «ideas fuerza», generadoras de cambio o transformación social. Estas manifestaciones intelectuales, pueden establecer las tendencias generales del pensamiento en un momento o coyuntura determinada.

6. Históricamente un factor importante de la crisis de la humanidad y de los sistemas sociales es el factor ideológico. La crisis de las ideas muestra de manera contundente el grado de descomposición a que ha llegado una sociedad o civilización.

7. A cada época corresponde una determinada concepción y visión del mundo, pero la vieja sociedad va incubando nuevas ideas y contenidos culturales que constituyen «gérmenes de renovación»², el fermento que puede orientar el cambio social. Aquí sobre todo se da la contradicción entre la ideología dominante y la

² Ver José Carlos MARIÁTEGUI, «El 1.º de mayo y el frente único», *Ideología y Política*, Lima, 1979, pp. 107-110. Aquí habla de los deberes históricos, deberes elementales hacia los trabajadores, entre los que se encuentran el de «sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas», así como el «de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria».

utopía que generalmente anuncia el nacimiento de lo nuevo y deviene en instrumento de transformación.

8. La conciencia que cada pueblo logre de sus grandes momentos históricos le da un sentido de pertenencia, conformando la esencia del ser y de la conciencia nacional, ésto se da mediante un doble proceso: el reconocimiento de sí mismo y su relación con los demás. Así la filosofía cobra su sentido de «máxima conciencia intelectual de reconocimiento de sí mismo de un pueblo, de una nación o de un hombre.» Como expresión de esa conciencia nacional, sus elementos se estructuran y transforman en una determinada orientación, a partir de condiciones históricas determinadas.

Estos elementos que sintetizan su contenido, permite afirmar con José Luis Abellán que «la historia de las ideas es un modo de filosofar e historiar» en la que ambas disciplinas traspasan sus límites para formar una nueva unidad, que da cuenta de una realidad histórica compleja. Permite atender siempre al sentido de la evolución intelectual de un pueblo, prestando atención a movimientos o tendencias representativas e intelectuales cuando éstos representan a un movimiento o actitud manifiesta a nivel histórico y social.

Con estos elementos es posible abordar el estudio de la cuestión nacional, en cuanto a la cultura y el sentido que ésta tiene, como una visión del mundo y como un modo de percibir la realidad, partiendo por retomar el estudio del legado intelectual como aspecto medular en la continuidad histórica que permite precisar cuáles son los rasgos de la identidad nacional y latinoamericana. El concepto de tradición es clave en esta cuestión.

2. ALGUNOS ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO DE LA TRADICIÓN NACIONAL

La reflexión sobre la tradición nacional y su relación o nexo con las propuestas teóricas de construcción nacional en América Latina constituyen el eje de esta investigación. Así en primer término se aborda la cuestión de cómo se trató este aspecto del nacionalismo en el pensamiento latinoamericano y cómo, dentro de este marco, se ubica el planteamiento de recuperar la tradición española.

Es conveniente comenzar por esclarecer, aunque sea en líneas generales, el concepto de tradición nacional, para analizar las distintas visiones de construcción nacional y unidad latinoamericana en la década de los veinte.

Como punto de partida, en este estudio se adopta la acepción de Menéndez Pidal en *su Historia de España*, cuando afirma que la tradición es lo perdurablemente histórico, lo siempre readmisibile y fecundo en todos los tiempos. Son imprescindibles estos elementos cuando se hace referencia a lo latinoamericano o a lo mexicano, porque desde este enfoque la relación del presente con el pasado y el futuro es lo que define y da sentido a nuestra personalidad colectiva e identidad como pueblo.

En esta relación se ubica la conciencia nacional, referida también a sentimientos de colectividad, de un fondo emocional a veces primario, pero que está presente en todas las sociedades. Por ello el conocimiento sólido y firme del pasado constituye la base y fermento para la creación y surgimiento de un pensamiento original y creativo.

La tradición nacional tiene, como todo fenómeno, elementos positivos y negativos que hay que distinguir claramente: mientras los primeros constituyen elementos dinámicos y revolucionarios dentro de la sociedad, los segundos, en cambio constituyen el lado conservador, retardatario que se opone al progreso y al desarrollo social y cultural. Mariátegui hizo una distinción entre los tradicionalistas o tradicionistas, como les denominó, y los que están empeñados en reivindicar la verdadera tradición nacional.

«Porque la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerzas, para incorporar en ella su espíritu y meter en ella su sangre»³.

Así la tradición es viva y móvil en la medida en que se renueva y se enriquece, porque es la única fecunda, con lo cual se explica el tipo de tradición que hay que reivindicar: aquella que constituye «una energía creadora de cosas e ideas [...]» y que por tanto acrecienta dicha tradición. Sin embargo, ésta -la tradición- aparece heterodoxa y contradictoria, por eso es necesario captarla en su esencia, «separando la paja del grano»

Para JCM toda doctrina revolucionaria actúa sobre la realidad por medio de negaciones intransigentes, lo que no supone negación de la tradición en la medida en que para los revolucionarios la historia no comienza con ellos, representan más bien fuerzas históricas. «Marx extrajo del estudio completo de la economía burguesa, sus principios de política socialista»⁴.

En cambio el tradicionalismo o tradicionismo defiende reliquias inertes y símbolos extintos, cual si fueran piezas de museos. Esta tendencia está en la línea conservadora, que identifica la tradición nacional con la española, con una mentalidad colonialista y cuyo punto de partida es la conquista, como si el pasado mexicano o inca no existiera. De aquí surge una distinción fundamental, la relativa a la procedencia, al origen, que en debate latinoamericano es un asunto polémico.

Sin embargo, antes de dar respuesta a dicho problema, queda otra pendiente y que se refiere a sus componentes, dicho de otro modo ¿la tradición nacional y latinoamericana es una sola o en ella están contenidas «varias» tradiciones? Mariátegui establece que son tres: la indígena, la española y la republicana. La recupera-

³ José Carlos MARIÁTEGUI, *Peruanicemos al Perú*, Lima, Editorial Amauta, 1978, p. 117.

⁴ *Ibidem*, p.118.

ción de esta triple tradición permitirá superarlas mediante un proceso integral en el que se tome lo mejor de cada una, no en sentido lineal y mecánico, desde luego. No se trata de dejar de lado otras aportaciones o tradiciones culturales como la negra o la china en el caso del Perú, simplemente que en el nivel del pensamiento y la reflexión producidos en los veinte, no hay una expresión orgánica de estas minorías y se incorporan a estos países como elementos subalternos, que no definen su proceso.

Países como Perú, México, Guatemala, Bolivia, Ecuador, de origen indígena, que han sido un factor histórico fundamental, no se pueden explicar sin el indio y, para completar su proceso de formación nacional, en la base de estas naciones, el fermento y la raíz indígena son insustituibles; éllo explica la demanda de «refundación de la nación», pues hasta ahora el indígena es tratado como pieza de museos, ignorando su capacidad como fuerza viva de la sociedad. Lo que se requiere es un estudio serio de este legado desde la época prehispánica, siguiendo su devenir en la colonia e independencia, porque, a fin de cuentas, este legado ha permitido la trascendencia de estos pueblos.

La tradición española se impone con la conquista: el idioma y la religión, además de la articulación de los pueblos americanos en la civilización occidental. Su adecuación y aclimatación generó un desarrollo con características y matices propios que hay que resaltar, esto es, lo que resulta típicamente latinoamericano, pero también lo que nos une y nos es común con respecto a España. Naturalmente con la colonización entraron en contradicción y antagonismo elementos traídos por los españoles: por un lado la herencia colonial que con la conquista se asienta en tierras americanas, la encomienda, con la «fiebre de oro» sólo por citar algunos; pero como contraparte está el humanismo (el erasmismo) demostrado en la decisiva defensa de los pueblos indígenas por el padre Las Casas, de allí podemos rastrear esa tradición española positiva, con una esencia de construcción histórica, que la volvemos a encontrar con las Cortes de Cádiz o ya en pleno 98 con intelectuales como Unamuno y más claramente con la generación poética del 27 tan cercanos a los intelectuales latinoamericanos.

La tradición republicana en cambio, marca el inicio de la modernidad propiamente dicha porque la ruptura con España pone a los latinoamericanos ante el imperativo de definir y buscar su identidad, ante la disyuntiva de generar su propia historia, y aquí comienza el largo proceso de construcción nacional, que desde el punto de vista intelectual y como expresión de resistencia se da con la negación de lo español en bloque y la reivindicación del pasado indígena. Sin embargo el «pecado original» de esta tradición es haber creado las nuevas repúblicas «sin el indio y contra el indio», tendencia que ocultó que en la realidad se le estaba negando su incorporación a la incipiente nación, con lo cual se creó un problema de raíz que aun espera solución.

Este esbozo de la tradición nacional, precisa una mayor profundización e impone nuevas tareas bajo una nueva óptica, como lo establece Eloy Terron:

«Presentar la tradición nacional bajo nueva luz, destacar los aspectos valiosos y continuos de todo el esfuerzo de las generaciones que nos han precedido; llamar la atención sobre el valor fecundador de la tradición como agente modelador y potenciador del pensamiento individual. La tradición puede hacer esto porque es un todo orgánico, sistemático, una totalidad en que sus partes son solidarias entre si, una totalidad en la cual no cabe destacar unas partes en detrimento de otras sin atentar, al mismo tiempo, contra su naturaleza [...] Por este motivo, de esa totalidad orgánica no se puede negar nada sino los abscesos necrosados; ella es la que responde a todas las cualidades positivas de nuestro carácter»⁵.

Es en esta perspectiva desde la que es posible explicar la triple relación, de pasado, presente y futuro, en donde el concepto de tradición permite conectarlas en una relación dialéctica.

«La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla, se identifican. El revolucionario tiene del pasado una imagen una imagen un poco subjetiva acaso, pero animada y viviente, mientras que el pasadista es incapaz de representárselo en su inquietud y su fluencia. Quien no puede imaginar el futuro, tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado»⁶.

Finalmente otro aspecto que sólo apuntamos, es la relación entre mito y tradición, conceptos aparentemente contrapuestos, pero, como hemos visto, bien podemos afirmar que el mito está contenido dentro de la tradición revolucionaria y es su elemento vital. No hay que olvidar que el mito es un aspecto esencial de la condición humana.

3. JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO DE SU ÉPOCA

El estudio de la obra de Mariátegui se puede realizar desde la perspectiva de la historia de las ideas.

Primero. Porque él definió el pensamiento hispanoamericano, como vínculo de unidad de los pueblos América Latina y el español, sentando esta tesis en el debate sobre esta importante cuestión.

Segundo. Porque concedía una gran importancia a la difusión de «ideas germinales y de renovación» por medio de la educación sistemática de los trabajadores –fue uno de los principales animadores de las universidades populares– y a través

⁵ Eloy TERRÓN, *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Barcelona, 1969, p. 254.

⁶ MARIÁTEGUI [3], p. 119.

de periódicos y revistas de tipo doctrinario, pero también de información e ideas (la revista *Amauta* y el periódico *Labor* dan cuenta de esta función).

Tercero. Porque para establecer su programa de cambio estudió profundamente la realidad peruana y latinoamericana, lo que le permitió unir su perspectiva marxista y socialista a la realidad concreta nacional y continental.

La obra de José Carlos Mariátegui tiene un profundo sentido histórico, porque comprendió la naturaleza y características de la realidad internacional, continental y desde luego la peruana. Diversos artículos publicados en Lima, en revistas de la época como *Varietades* y *Mundial*, reproducidos en publicaciones de otros países como Argentina y Costa Rica, y que posteriormente fueron publicados en las *Obras Completas* como *Temas de nuestra América* dan cuenta de esto⁷.

En cuanto a la cuestión latinoamericana desde la perspectiva de la historia de las ideas, podemos abordar la contribución de Mariátegui desde tres ángulos:

Primero: retomar el marco histórico y el esbozo histórico, donde sintetiza los hitos de su desarrollo, estableciendo al mismo tiempo la perspectiva latinoamericana y el análisis de la realidad, en la que destacan diversos sucesos o aspectos como la Revolución Mexicana y el conflicto del Chaco entre Bolivia y Paraguay, además de otros coyunturales como procesos electorales, que sin embargo le permiten hacer profundas observaciones de aspectos sustanciales del proceso político latinoamericano como el carácter del Estado, el caudillismo, los sistemas electorales, los partidos políticos, entre otros. A Mariátegui le preocupa sistemáticamente la interpretación más que la crónica, adoptando como principio «indagar con audacia lo substancial».

Segundo. Aborda la cuestión del pensamiento latinoamericano poniendo el acento en debatir sobre su existencia, en el estado de su desarrollo y su porvenir.

Tercero. Aborda la cultura latinoamericana a partir de su condición histórica y social, a su vez precisa la función de los intelectuales en su creación, estudio y difusión; y de los instrumentos materiales de los que se valen para llevarlos a las masas como las revistas, el periódico, la cuestión editorial, etc. En estos tres aspectos va señalando movimientos y tendencias que explican el proceso cultural latinoamericano. Analicemos brevemente cada uno de ellos.

Contexto histórico latinoamericano

Para Mariátegui América Latina tiene un destino histórico común, por su procedencia, por su trayectoria y, sobre todo, por su futuro.

⁷ José Carlos MARIÁTEGUI, *Temas de Nuestra América*, Lima, Editorial Amauta, 1979, pp.176.

La historia latinoamericana es milenaria y no arranca con la llegada de los españoles a tierras americanas, lo que sí hizo la conquista española fue destruir las culturas y sociedades autóctonas, estableciendo una «uniformidad étnica, política y moral». La colonia impuso la religión cristiana y la feudalidad. Primer aspecto relevante dentro de la historia latinoamericana: con la conquista y la colonia, se unificó el destino de los pueblos del «nuevo mundo».

En pleno proceso colonial, el mestizaje y acriollamiento constituyeron el germen que sentó las bases de las futuras nacionalidades. De ahí que la revolución de independencia fuera un movimiento esencialmente criollo que tomó los principios de la Revolución Francesa y Norteamericana como sustento ideológico y político de este movimiento de emancipación; fue además una gesta heroica y romántica que presentó una lucha común, unitaria y de frente continental contra España. Segundo aspecto relevante de la historia latinoamericana: la tradición de su compromiso y solidaridad continental.

La conexión y prosperidad de algunas nacientes repúblicas con los países occidentales y la creciente inmigración permitió un mayor desarrollo sobre otras. La diferenciación fue consustancial al desarrollo de la idea nacional y del nacionalismo, así como al abandono del planteamiento de unidad continental de Bolívar. La consecuencia fue la creciente diferencia entre uno y otro país, producto del desarrollo desigual, porque algunos lograron un cierto crecimiento de sus economías, mientras que otros quedaron hundidos en el atraso económico y social.

Para Mariátegui el resultado general, fue que estos países no concluyeron su proceso de formación nacional, eran por lo tanto naciones incompletamente formadas, o apenas bosquejadas, en su mayoría. La configuración latinoamericana, en el siglo XIX, presenta un escenario nada alentador: desarticulación económica y política, sobre todo por la falta de relaciones económicas y comerciales y por la competencia entre sí para colocar sus materias primas a los países industrializados de Europa o Estados Unidos que, a cambio, les mandaban manufacturas y maquinaria. En lugar de cooperación entre los países, se dio una competencia por colocar sus productos del suelo y subsuelo en el mercado internacional, operando como colonias de la industria y finanzas del capitalismo. América Latina estaba «fraccionada, escindida y balcanizada», sin ninguna capacidad de respuesta unitaria frente a la penetración y agresión de las potencias europeas y de Norteamérica. Esta situación hacía difícil cualquier proyecto conjunto. Por eso Mariátegui remarca: «En la historia la comuna antecede a la nación. La nación precede a toda sociedad de naciones»⁸. Tercer aspecto singular de esta historia: al proseguir el camino colonial, América Latina debilitó sus nexos de unidad, pasando a una lucha entre sí por colocar los productos del suelo y subsuelo en el mercado internacional.

Sin embargo, estos mismos factores empujan a los pueblos a la solución conjunta de sus problemas, sobre todo, porque para Mariátegui resaltan las caracte-

⁸ *Ibidem*, p. 14.

rísticas comunes del hombre americano y porque el sujeto de la historia es el hombre.

«De una comarca de la América española a otra varían las cosas, varía el paisaje, pero casi no varía el hombre. Y el sujeto de la historia es, ante todo, el hombre. La economía, la política, la religión, son formas de la realidad humana. Su historia es, en una esencia humana, la historia del hombre»⁹.

Y aquí Mariátegui ubica precisamente la necesidad de un pensamiento vigoroso que se encargue de vertebrar esa historia común, en la que el futuro solo es posible a través de la unidad continental, como ocurrió con la independencia. Así, el cuarto aspecto relevante de esta tradición histórica: el destino común de los pueblos a partir de la idea bolivariana de unidad continental, idea que podemos encontrar en el pensamiento de todos los grandes intelectuales y luchadores como Alberdi, Martí, Sandino, sólo por mencionar tres de una larga lista.

Por eso, cuando analiza los fenómenos específicos, los ubica siempre en la perspectiva latinoamericana. Al interpretar la guerra boliviano-paraguaya, en la disputa del Chaco, dice: «El llamamiento a las armas, el grito de la patria en peligro han sido, muchas veces en la historia, excelentes recursos de política oligárquica.» Además de que «Las oligarquías hispanoamericanas han vivido siempre así, alterando la violencia con la astucia, girando en contra el porvenir»¹⁰.

Por ello advierte que hablando el mismo idioma, sin luchas ni competencias reales, lo que enemista a los pueblos es que son incitados por las potencias mundiales o simplemente por querellas mezquinas, artificiales. Y en este caso la guerra entre dos países es una traición al destino y al continente. Esto favorece al imperialismo que se disputa sus mercados y riquezas.

Ya en el análisis de los procesos políticos de diversos países como Argentina, Chile, Nicaragua, Colombia y Haití habla de la función retardataria de los partidos políticos, permeados por personalismo y al servicio del caudillismo, aun en el caso de Uruguay donde se advierte un equilibrio político, con un régimen demoliberal, obra de José Batlle Ordoñez, en donde se da, aun así, una lucha entre colorados (representante de la urbe, de la ciudad) contra blancos (partido de raíces feudales, con presencia en el campo).

Mariátegui consideró la Revolución Mexicana como un fenómeno excepcional en América Latina; la ubica como democrático-burguesa porque ataca el latifundio, aunque en virtud de las leyes del crecimiento capitalista, mantuvo el principio de propiedad privada, por ello se impulsó una política agraria moderada y transaccional. Este movimiento, por su amplitud y repercusión continental, mostró las posibilidades de liberación de los pueblos latinoamericanos. El tema es amplio y rebasa el marco de este ensayo.

⁹ *Ibidem*, p. 16.

¹⁰ *Ibidem*, p. 32.

Sobre el pensamiento latinoamericano

No deja de sorprender que en 1925 Mariátegui hablara de un pensamiento latinoamericano, planteando la necesidad de definir su perfil y los elementos que lo conforman. Desde luego, utiliza el concepto en un sentido amplio, porque también se refiere a los «síntomas» que reflejan el ambiente intelectual y cultural, a la existencia de una literatura vigorosa que es reflejo de la mentalidad y el humor hispanoamericanos (la poesía, la novela, la crítica, la sociología, la historia y la filosofía), que, si bien aún no vinculaba a los pueblos, ya había establecido lazos entre los intelectuales.

El proceso de vertebración de este pensamiento se inició en el siglo XIX con intelectuales tan notables como Sarmiento, Montalvo y Martí; la poesía con el movimiento modernista tuvo exponentes como Lugones, Silva, Chocano, que tuvieron una amplia repercusión continental, pero sin duda el máximo representante fue Ruben Dario. Vasconcelos e Ingenieros destacan en el ensayo de la época. En sus trabajos plasmaron sus preocupaciones sobre el destino latinoamericanos.

Por otro lado, la irrupción del movimiento estudiantil por la reforma universitaria generó un ambiente de gran emoción revolucionaria en las juventudes; a esto se sumaba el fenómeno de la Revolución Mexicana que recibió la solidaridad de los hombres nuevos de América y generó grandes expectativas de liberación.

Este contexto en el que Mariátegui establece la necesidad de esclarecer «los contornos» de este pensamiento le llevó a plantear que todos los grupos y círculos hispanoamericanos participaran afirmando que «polemizar con una tesis es, tal vez, la mejor manera de estimularla y hasta de servirla. La unanimidad es siempre infecunda.» Contrario a la imposición, propició el debate, por él no creía en la celebración de un Congreso que sancionara la implementación de un programa de unidad latinoamericano, como quería el grupo de Buenos Aires, y que, en cambio, cancelaría el proceso de análisis de construcción teórica.

Mariátegui creía que la organización del pensamiento hispanoamericano solo era posible con quienes representaban las fuerzas de renovación y, para darle organicidad, había que «juntar a los afines, aproximar a los que la historia quiere que sean solidarios», la sola inteligencia con un preciso y efectivo sentido histórico.

Con estos planteamientos encaró la necesidad y posibilidad de organizar el pensamiento hispanoamericano y abordó los elementos que podrían definirlo como un sistema de ideas.

En primer lugar, hizo una crítica a quienes negaban el valor del pensamiento occidental en función de la crisis de la civilización europea, aduce que ésta aun alimenta al pensamiento hispanoamericano, «cuyo espíritu está en formación, en concordancia con la nacionalidad misma, cuya trayectoria no ha concluido».

En segundo lugar estableció que las condiciones de vida y marginación a que se ha sometido a la población indígena, la mantienen al margen del proceso de formación nacional: por ello el nacionalismo que predicaban las clases dominantes no

tiene raíces. El nuevo indigenismo reclama la incorporación de la tradición indígena al proceso de construcción nacional.

Para Mariátegui lo fecundo es discutir estos problemas, sin precipitar la construcción de frentes o partidos, que deben constituir el remate del proceso; toma esta posición frente a propuestas como las del núcleo argentino en el sentido de impulsar un programa de unión latinoamericana, que ya tenía amplia difusión en Repertorio Americano de Costa Rica, el Grupo peruano, el periódico el Sol de Madrid, entre otros.

Así no dejó de alentar el espíritu moderno, que representa la nueva juventud hispanoamericana, que al mismo tiempo encarna la nueva generación hispanoamericana.

Pero este debate debía tener en cuenta la existencia de dos tendencias prevalentes y surgidas desde el siglo XIX: el iberoamericanismo y el pamericanismo.

El iberoamericanismo como movimiento de aproximación o de coordinación de las fuerzas intelectuales iberoamericanas impulsado por núcleos de escritores americanos, cuyo valor concreto y nuevo está en:

- Repudiar el iberoamericanismo de protocolo, contraponiendo un diálogo entre los intelectuales nuevos.
- Repudiar la tradición reaccionaria de la España de los Borbones, de Primo de Rivera, por su atraso y falta de progreso.
- Es un ideal de la inteligencia y de la cultura de España y América.
- Sin embargo, señala que al iberoamericanismo le hace falta más idealismo y más realismo, le falta consustanciarse con los ideales de la de Indoamérica, es decir, insertarse en la realidad histórica de estos pueblos.

El panamericanismo era impulsado por la diplomacia del imperialismo norteamericano, por tanto constituye un ideal de dominación (antes que una gran democracia Estados Unidos constituye un gran imperio). Mariátegui advierte que su influencia vigorosa en América Latina se estructura sobre la base de sus intereses económicos por las vías de tráfico comercial que son sus canales naturales de expansión, precisando que el monroísmo ha cumplido y cumple una función negativa para América Latina, porque defiende los intereses yanquis. «Mientras el iberoamericanismo se apoya en el sentimiento y las tradiciones, el panamericanismo se apoya en los intereses y los negocios»¹¹.

Esto explica que el modelo yanqui se propagara, mientras que la herencia española se consumía y declinaba por el vínculo de las clases dominantes a Nueva York y su alejamiento de Madrid. Sin embargo, para Mariátegui, la nueva generación hispanoamericana debía definir el sentido de su oposición a EEUU, adversario del imperio pero no del pueblo norteamericano, advierte que la cultura nortea-

¹¹ *Ibidem*, p.27.

mericana ofrece casos de independencia en la inteligencia y en el espíritu como: Henry Thoreau que es depositario del espíritu de la humanidad, lo mismo que Ralph- Waldo Emerson, Williams James, Walt Whitman y Waldo Frank, quienes consideraban que el trabajo de la nueva generación hispanoamericana puede y debe articularse con la nueva generación yanqui.

LA CULTURA LATINOAMERICANA

El carácter social del arte y la literatura

Mariátegui sitúa la dimensión del arte y la literatura en una perspectiva social. Por eso afirma que el arte mexicano (pintura, escultura, poesía) era lo más vital del continente, en tanto fenómeno orgánico y colectivo con sabiduría popular mexicana, a consecuencia del proceso revolucionario; al comentar la novela de Mariano Azuela, *Los de abajo*, destaca las posibilidades y potencialidades creadoras de América.

«Pueden sonreír quienes suponen que la literatura es una categoría independiente de la política, del espacio y el tiempo. El poder de creación es uno solo. Una época revolucionaria es creadora por excelencia. Es una época de alta tensión en la cual todas las energías y todas las potencias de un pueblo -políticas, económicas, artísticas, religiosas- logran su máximo grado de exaltación»¹².

Esta creación está compuesta de un caudal de anhelos e impulsos, como corresponde a su raíz popular, y contradictorio, en cuanto a motivaciones y objetivos con que cada grupo o sector de la sociedad participó precisamente esto la hacía más dinámica y compleja, con múltiples manifestaciones

«Sin duda una revolución continua la tradición de un pueblo, en el sentido de que es una energía creadora de cosas e ideas que incorpora definitivamente a esa tradición enriqueciéndola y acrecentándola. Pero la revolución trae siempre un orden nuevo, que habría sido imposible ayer. La revolución se hace con materiales históricos, pero, como diseño y como función, corresponde a necesidades y propósitos nuevos»¹³.

Este nivel de creación cultural no se daba en el resto de países latinoamericanos por el desarrollo desigual a que se ha aludido y en el caso del arte y la literatura no era la excepción, porque es un reflejo de la sociedad.

¹² *Ibidem*, p.85.

¹³ *Ibidem*, p. 93.

«El arte y la literatura no florecen en sociedades larvadas o inorgánicas, oprimidas por los más elementales y angustiosos problemas de crecimiento y estabilización. No son categorías cerradas, autónomas, independientes de la evolución social y política de un pueblo. Enriquez Ureña se coloca a este respecto en un terreno materialista e histórico. Distingue dos Américas, la buena y la mala. La primera es la que ha conseguido organizar aproximadamente su existencia, según las reglas de la civilización occidental; la segunda es la que se debate aun en la contradicción, en las formas y exigencias de esta cultura y los densos rezagos tribales o feudales de la América primitiva o feudal. Y la literatura no se escapa a una u otra influencia»¹⁴.

La función del intelectual en la formación de una cultura latinoamericana

La función que cumplen los intelectuales dentro de los procesos ideológicos, políticos y culturales es vital dentro de la cultura nacional. A Mariátegui le preocupó que el trabajo intelectual fuera fecundo, con una orientación definida, sólo así cobra sentido para vertebrar y generar un movimiento cultura a escala continental.

Analiza la obra de intelectuales de su época que orientan la acción revolucionaria de la juventud. Aquí sobre todo remarca la función docente y de crítica de este pensamiento. Convoca a evitar el aislamiento o clausura de lo europeo, pero tomando en cuenta la energía nativa, que, al mismo tiempo, es el factor primario de toda creación americana.

Remarca las cualidades de los intelectuales aptos para ejercer esta función de líderes y orientadores, lo mismo que su capacidad de lograr un trabajo significativo. Al comentar la obra de Pedro Enriquez Ureña «Seis Ensayos en busca de nuestra expresión», dice: «En Enriquez Ureña se combinan la disciplina y la mesura del crítico estudioso y erudito con la inquietud y la comprensión del animador que, exento de toda ambición directiva, alienta las esperanzas y las tentativas de las generaciones jóvenes. Enriquez Ureña sabe todo lo que valen el aprendizaje escrupuloso, la investigación atenta, los instrumentos y métodos de trabajo de una cultura acendrada, pero aprecia, igualmente, el valor creativo y dinámico de impulso juvenil, de la protesta antiacadémica y de afirmación beligerante»¹⁵. En esta síntesis nos presenta al intelectual revolucionario que resume el ideal de la época que propugna Mariátegui en sus escritos.

En la construcción del ideario destaca la labor de José Vasconcelos; al comentar el prefacio de la *Raza Cósmica e Indología*, resalta la perspectiva del autor de su tesis sobre el destino de América como la creación de una cultura universal, con la unión de todas las razas, que producirá una raza cósmica. Alumbramiento de la primera sociedad cosmopolita universal.

¹⁴ *Ibidem*, p.76.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 73 y 73.

«La filosofía recobra aquí su clásica función de ciencia universal, que domina y contiene todas las ciencias y que se siente destinada, a explicar e iluminar la vida, sino a crearla, proponiéndole las metas de una incesante superación. El filósofo retorna a una tradición en que encontramos a Platón y su República, para aplicar todas las conquistas del conocimiento a la concepción de un arquetipo o plan superior de sociedad y de civilización»¹⁶.

Sin embargo critica en Vasconcelos la falta de un sentido más agudo y despier-to del presente. «La época reclama un idealismo más práctico, una actitud más beligerante [...] Nuestro destino es la lucha más que la contemplación. Pesimismo en la realidad; optimismo en la acción. No nos basta condenar la realidad, queremos transformarla. Tal vez esto nos obligue a reducir nuestro ideal, pero nos enseñará, en todo caso, el único modo de realizarlo. El marxismo nos satisface por eso, porque no es un programa rígido, sino un método dialéctico»¹⁷.

Resalta la visión de Vasconcelos en la explicación que da de los dos espíritus de colonización americana, cuando precisa que los sajones trajeron la Reforma, la revolución espiritual de la cual nació el capitalismo y el industrialismo; los españoles trajeron la contrarreforma, el espíritu del medioevo, contrario al principio de propiedad, libertad y progreso, en un momento en que éste había agotado todos sus frutos materiales y espirituales. La conquista por ser la última cruzada acabó con la grandeza española y sólo iluminó alguno que otro misticismo y una que otra gran alma religiosa. Los factores de estancamiento están en la feudalidad y espíritu del medioevo españoles y en la decadencia.

Instrumentos para el impulso de una cultura de masas

Mariátegui postula que hay que «dotar a nuestros pueblos de una admosfera de ideas» y ve como instrumentos para lograrlo: las revistas, como la animada por José Ingenieros, *Revista de Filosofía*, o las del Grupo Renovación *Boletín de ideas, libros y revistas*, luego convertido en Unión Latinoamericana; el *Repertorio Americano* de Luis Alberto Monje en Costa Rica y la suya propia *Amauta*, la limitación de estas revistas es su carácter doctrinario, su público es selecto, a cambio, ofrece todas las posibilidades de un trabajo de seminario y de investigación y, sobre todo, estudios sobre la realidad mundial, continental y nacional. Esta propagandización de las ideas en este tipo de prensa, permitió llevar muchas ideas a pocos, cumpliendo la función de organizar el debate cultural, ideológico y político. Nada más lejos de esta vertiente del espíritu intelectual de la época que el academicismo.

¹⁶ *Ibidem*, p. 79.

¹⁷ *Ibidem*, p. 82.

Cuando comenta el libro de Alfredo Palacios *El Nuevo Derecho*, define el sindicato como órgano de conciencia y solidaridad obreras. El proletariado ensancha y educa su conciencia de clase en el sindicato y no en el partido, es la acción sindical la mecánica de las conquistas obreras; presenta la lucha política de los trabajadores y la cultura obrera como nuevo elemento esencial en el devenir latinoamericano.

El periodismo es otro instrumento, cuando adopta la perspectiva del trabajo del colombiano Sanín Cano, que Mariátegui considera como una obra de orientación y de educación, porque divulga ideas y hechos de actualidad, desterrando la falta de preparación, la improvisación que lleva frecuentemente a la falsificación de las cosas, como diría en la presentación de *Labor*; el mérito de la prensa de masas es «llevar pocas ideas a muchos.»

En cuanto al comentario que hace de los sostenedores de la revista (quincenario) argentina *La batalla de Martín Fierro*, reivindica su tradición de lucha, ligada al concepto de identidad y de responsabilidad, exalta su respuesta de oposición a la tentativa de restauración conservadora, de la *Gaceta Literaria* que de reivindicar a Madrid como «meridiano intelectual de Hispanoamérica», señala que con la ruptura con Madrid, comenzó América a descubrir su personalidad y a crear su destino. Y con ello la posibilidad de revalorar y reivindicar lo autóctono.

«Nuestros pueblos carecen de vinculación necesaria para coincidir en una sola sede. Hispanoamérica es todavía una cosa inorgánica. Pero el ideal de la nueva generación es precisamente, el de darle unidad. Por lo pronto hemos establecido ya entre los que pensamos y sentimos parecidamente, una comunicación fecunda. Sabemos que ninguna capital puede imponer artificialmente su hegemonía a un continente»¹⁸.

Finalmente reivindica el libro como vehículo de transmisión y generación de cultura, por eso difunde la producción de intelectuales de su época creado su propia editorial Minerva, haciendo reseñas y comentarios dentro de su propia obra; celebra, además, cuando se llevan acabo exposiciones nacionales e internacionales, pero también señala el déficit de América latina con respecto a España en la cuestión editorial, señalando que la hegemonía del mercado hace que las librerías no se rijan por la demanda de quienes leen y estudian, sino por las pautas de los proveedores de España. Una consecuencia de ello era la pobreza de las bibliotecas públicas y nacionales. En esta misma orientación se queja de la falta de información y de estadísticas, tan vitales para el investigador social.

Para Mariátegui el análisis de los problemas de América debería realizarse con sentimiento americano, que no supone necesariamente nacer o ser americano, porque en esta actitud encontramos la manifestación de una América en busca de su

¹⁸ *Ibidem*, pp. 117 y 118.

personalidad. Existen otros temas relacionados con la cultura latinoamericana como la lengua, la religión, la educación, etc., y que Mariátegui analizó. En este artículo no se abordan porque constituyen temas de otros trabajos.

The 1920's were relevant for the Latin American thought because the national issue was revisited and the historical tradition applied to a new project of the nation was restated.

This article studies the work of José Carlos Mariátegui in its historical and intellectual context, wherein several approaches and perspectives are debated which are based on a nationalist, anti-imperialist and latinamericanist thought. This analysis is theoretically framed in the History of Ideas.

KEY WORDS: *History of Ideas, Latinamerican thought, tradition, Mariátegui, culture, Imperialism.*
